



UN REINO MUY CERCA DE CASA

GILDA MANSO





EL FUEGO DE UN DRAGÓN SIN DUEÑO EL REGALO DE UNA FORASTERA LA MANO DE LA LEGITIMA REINA

Rhonda siempre pudo oler el bosque, sin tener idea de que olía a otro mundo...

Cuando un rayo la lleva al reino de Tuldor, donde sirenas le salvan la vida y un dragón es feliz al verla, descubre que el tirano rey Lug está al mando. Pero en el corazón del bosque, la verdadera heredera al trono, su peculiar ejército de arqueras, y el poderoso y cascarrabias hechicero Girasol, urden un plan.

Plan que, sin Rhonda, no podrá triunfar. Pero... ella hasta hace poco no tenía idea de que existían los mundos paralelos. Ni sabe cómo blandir una espada. ¡Ni siquiera creía en la magia!

¿TENDRÁ LO QUE SE NECESITA PARA SALVAR A TULDOR?

vreditorasya
🐦 📷 f



Si te gustó este libro
no puedes perderte...



Un cuento de brujas,
Chris Colfer



Karma al instante,
Marissa Meyer



Perdidos en Nunca Jamás,
Aiden Thomas



GILDA MANSO
(Buenos Aires, 1983).

Es escritora.

Publicó antologías de cuentos,
novelas y libros de no-ficción,
en Argentina, Italia, México y Perú.
Un reino muy cerca de casa es su
primera novela YA.

¡Visítala!

 gildamanso
 GildaManso



ENCUÉNTRANOS EN

Argentina:

facebook.com/VREditorasYA

twitter.com/vreditorasya

instagram.com/vreditorasya

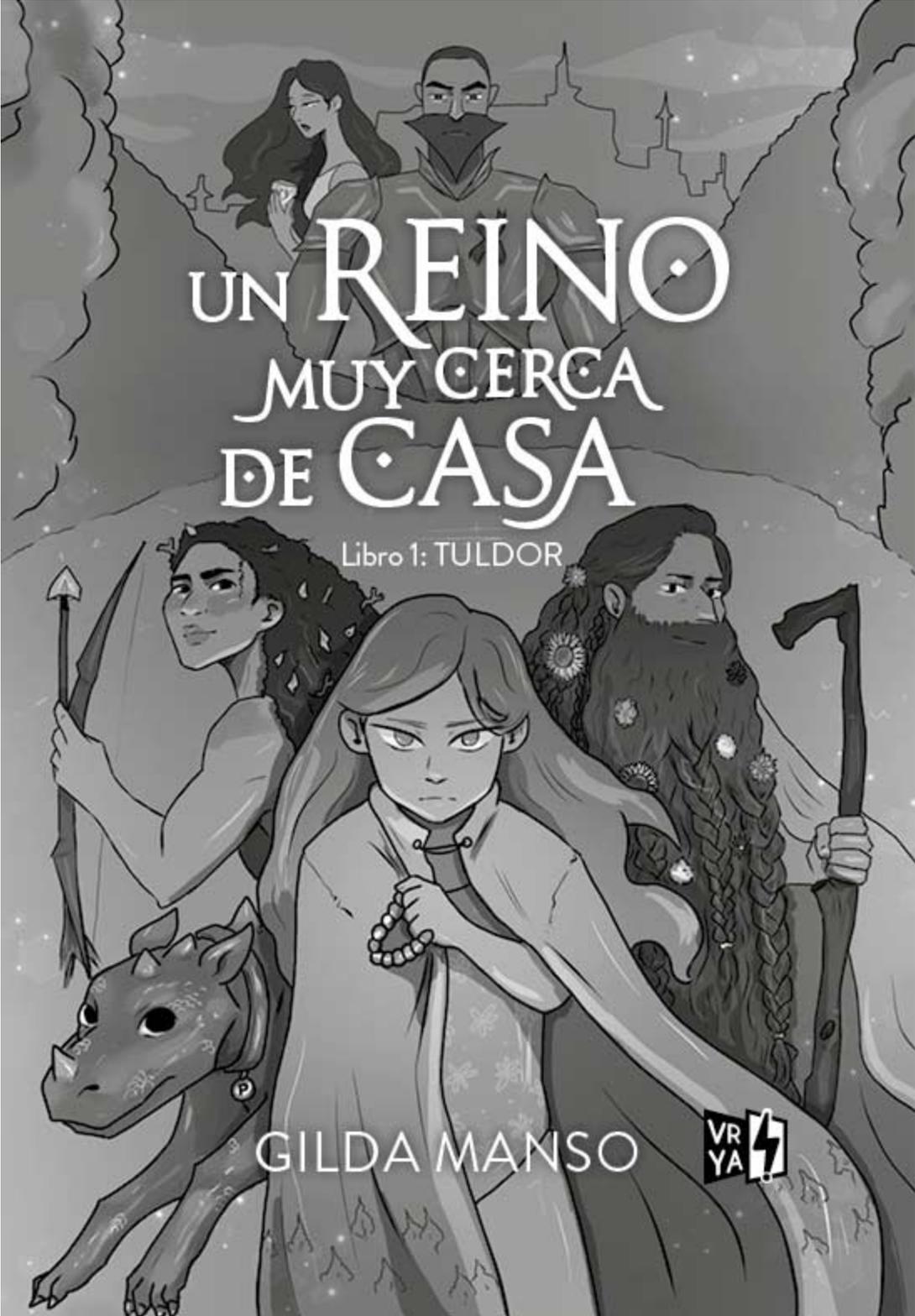
México:

facebook.com/vryamexico

twitter.com/vreditorasya

instagram.com/vreditorasya

UN REINO
MUY CERCA
DE CASA



UN REINO MUY CERCA DE CASA

Libro 1: TULDOR

GILDA MANSO



Es mala la memoria que funciona solo hacia atrás.
Lewis Carroll



· CAPÍTULO 0 ·
UN ANCIANO Y UNA ESFERA
DE COLOR BLANCO

El anciano tomó asiento frente a la mesa redonda y se inclinó sobre lo único que había en ella: una esfera de color blanco, sostenida por una base de plata. La miró fijo, pero no pasó nada. El anciano suspiró: no era la primera vez que aquella cosa funcionaba mal, con intermitencias, y no mostraba lo que debía mostrar. Para matar el tiempo, se hizo una trenza con el pelo de su barba colorada. Luego se hizo otra trenza, esta vez con el pelo, también colorado, de su cabeza. Golpeteó la mesa con los dedos, pura

impaciencia. Le dio unos golpecitos suaves, también, a la esfera, como si eso alguna vez le hubiera funcionado. Se puso de pie con brusquedad, se acercó al calentador a leña y en un pequeño jarro puso a hervir remolacha salvaje para hacer té. No tenía ganas de tomar té de remolacha salvaje, pero no soportaba quedarse sin hacer nada hasta que esa maldita cosa se decidiera a arrancar.

Cuando el té comenzó a hervir, el anciano percibió un destello. Se acercó nuevamente a la mesa y miró la esfera: cualquier otra persona no habría notado ninguna diferencia; en apariencia, la esfera seguía igual de blanca, igual de apagada. Pero él no era cualquier persona, y no tenía vergüenza de admitirlo. Sacó el jarro del fuego —tampoco sería la primera vez que ocurriera un incendio por distracción en esa casa—, dio al té por olvidado, y volvió a concentrarse en la esfera. Ahora sí podía ver a la muchacha. ¿Qué hacía, dónde estaba? Claramente, no estaba en su casa. El anciano conocía de memoria la casa de la muchacha, pese a no haber estado nunca allí. Por eso sabía que no estaba en su hogar: el lugar que veía en la esfera era más aséptico, menos personal. Había una mesa rectangular y la joven hablaba con otra mujer, una que el anciano nunca había visto. La chica estaba fastidiosa, se le notaba. Fuese lo que fuese lo que aquella mujer le decía, ella no estaba de acuerdo.

La imagen comenzó a cortarse. Otra intermitencia. El anciano profirió un insulto y concluyó que era hora de cambiar ese cacharro inservible. Unos segundos más tarde clavó la mirada en un palo de madera que se encontraba apoyado en una pared, cerca de donde él estaba sentado. La mirada se le fue volviendo lejana, como la de quien se sumerge en una nube de ideas e imágenes que no puede controlar. Pensó en la celebración que se avecinaba y dijo, para sí mismo: “tengo que traer a esta muchacha a Tuldor, y tengo que hacerlo ya”.



· CAPÍTULO 1 · RHONDA

La doctora Martínez dejó el bolígrafo sobre el escritorio, cerró la carpeta que contenía el expediente médico, sonrió y dijo:

–Rhonda, ¿les podrías decir a tus padres que entren al consultorio, por favor?

Rhonda asintió con la cabeza, sin decir ni una palabra, se puso de pie, fue hasta la puerta, la abrió, miró a la mujer y al hombre que estaban sentados en la sala de espera, y con un gesto que era solamente comprensible para ellos los invitó a pasar.

Los padres de Rhonda no podían ser más distintos entre sí.

Iris, la madre, con su vestido multicolor de bambula, sus collares de cuentas, su cabellera abundante y colorada, su expresión liviana, casi etérea, su sonrisa fácil.

Javier, el padre, con su pantalón gris, su camisa blanca, su maletín negro, su cabellera castaña cortada con prolijidad profesional, su expresión seria, su sonrisa difícil.

Fue amor a primera vista, veinte años atrás, y un tiempo después nació Rhonda: de su madre heredó la cabellera colorada, aunque más oscura y más dócil; de su padre heredó la sonrisa difícil, aunque no tan difícil. Todo lo demás era propio: los ojos levemente rasgados, el cuerpo fuerte y robusto, la personalidad introvertida, un tanto huraña, la pasión por los animales en general, el amor de locura por su perro Toto en particular, la fantosmia.

Y era esto último el motivo por el que estaban, en ese momento, en el consultorio de la doctora Martínez, psiquiatra.

—Bueno —comenzó la doctora—, después de meses de terapia pude concluir un diagnóstico: Rhonda no tiene ninguna patología. Su personalidad está dentro de lo que podemos llamar normal, aunque no me gusta esa palabra, para una chica de catorce años. Según me dijo Rhonda, las alucinaciones olfativas son el único tipo de alucinación que padece; es decir: no tiene alucinaciones visuales ni auditivas, y esto sin duda es algo bueno. Por otra parte, los estudios del cerebro que se hizo: tanto la tomografía computada como la resonancia magnética, dieron perfectamente bien. Mi opinión médica, teniendo en cuenta todo esto, es que la fantosmia, es decir la alucinación olfativa, es algo aislado que desaparecerá solo.

—Pero ¿a qué se debe? —preguntó el padre, sin ocultar su preocupación.

—Una explicación posible es que Rhonda, en otro momento de su vida, haya sentido ese olor, y lo que ocurre ahora es que su cerebro lo recuerda. Tiene la sensación de que ese aroma está presente en el ambiente, cuando en realidad se trata de un recuerdo. Esto no es algo común pero tampoco es imposible. El cerebro puede funcionar de maneras extrañas.

Rhonda habló por primera vez en un largo rato y, cuando lo hizo, se dirigió a sus padres:

—¿Alguna vez estuve en un bosque de eucaliptos? Porque desde que tengo memoria sé que nunca estuve en uno, y por lo tanto el olor a bosque de eucaliptos no puede ser un recuerdo, pero tal vez estuve en uno cuando era recién nacida o muy chiquita, y no me acuerdo.

Iris y Javier negaron lentamente con la cabeza. A Javier le habría encantado poder decirle a su hija que sí, que cuando ella tenía un año pasaron unas vacaciones en una cabaña cercana a un bosque de eucaliptos, pero la realidad era que todos los años veraneaban en la casa familiar de la costa. No había ni un solo eucalipto en el pasado de Rhonda. Iris, por su parte, sonreía con tranquilidad: tenía otra teoría, pero sabía que el consultorio de una psiquiatra era uno de los lugares más inadecuados para expresarla.

La doctora Martínez volvió a hablar.

—Rhonda, una cosa que me llama la atención es lo específico de tu alucinación. Hueles un bosque de eucaliptos, no simplemente eucalipto, o menta, o algo similar. ¿Por qué dices *bosque* de eucaliptos?

—Porque es lo que me sale decir cuando me viene ese olor. No lo sé.

Se cruzó de brazos, cansada de explicar lo mismo una y otra vez: el olor a bosque de eucaliptos aparecía en el ambiente y solo ella lo sentía. No sabía por qué sabía que se trataba de un bosque y no de un simple árbol u hojas sueltas, pero lo sabía. Quería ser una chica común y corriente de catorce años, que acababa de terminar segundo año, que en unos meses cumpliría los quince —sin fiesta en salón ni vestido: había elegido viajar con sus padres; consideraba que los recuerdos serían más abundantes—, pero eso que le pasaba no era normal. Y no le gustaba.

La única que sonreía era Iris, aunque trataba de disimularlo. En ese momento se acordaba de una frase que había leído hacía mucho tiempo.

—Lo único que puedo sugerir es que vuelvas a hacerte la tomografía y la resonancia en unos meses, para ver si con el tiempo se muestra algo que

ahora no se ve, y que regreses a consultarme cuando quieras –dijo la doctora Martínez, sin poder ocultar su deseo de no ver más a esa chica que seguramente había estado en un bosque de eucaliptos y no lo recordaba, ni a su madre que no dejaba de sonreír y que evidentemente ella sí necesitaba una psiquiatra.

Iris, Javier y Rhonda se pusieron de pie, saludaron a la doctora, salieron del consultorio, se subieron al auto, y recién en ese momento Iris dijo:

–Es mala la memoria que funciona solo hacia atrás.

Javier puso cara de póquer: ya conocía las teorías de Iris. No coincidía con ella, tampoco le molestaba, pero ahí había una tercera persona: Rhonda, su hija preocupada por una alucinación que no podía explicar. No era el lugar ni el momento para que Iris desplegara sus conocimientos paranormales.

–¿Otra vez con el asunto de las premoniciones, mamá? –rugió Rhonda.

–Hija, es simple: si el bosque de eucaliptos es un recuerdo, y nunca, nunca, nunca estuviste en un bosque de eucaliptos, significa que se trata de un recuerdo de algo que todavía no ocurrió. Es decir, una premonición.

Rhonda bufó y se puso lo auriculares, un modo de decirle a su madre que no estaba de ánimo para sus tonterías.

Apenas llegaron a la casa, Rhonda se encerró en su habitación. Su humor estaba tormentoso, igual que el cielo en ese mediodía caliente de verano. Se venía una de esas tormentas eléctricas que tanto la asustaban cuando era chica. No es que ahora le gustaran, pero ya no le generaban terror, ya no corría a refugiarse en los brazos de mamá o papá. Se dio cuenta de que era 9 de diciembre y no había armado el árbol de Navidad. Además del familiar, ella tenía uno propio, más pequeño, en su habitación. En lugar de las clásicas borlas le colgaba llaveros con muñecos que compraba a lo largo del año: las adquisiciones más recientes habían sido un unicornio y el símbolo de las Reliquias de la Muerte, de *Harry Potter*. En lugar de las luces, le colgaba